

Catalina de Siena: La "Celda interior"

1. Presentación

1.1. Celda interior del conocimiento de sí misma

En la historia de la espiritualidad cristiana son muchas las figuras, imágenes, metáforas, símbolos por medio de los cuales se ha tratado de expresar el acceso del alma a Dios como un camino con su punto de partida, su itinerario o recorrido y la meta a alcanzar.

En ese esfuerzo por sensibilizar algo muy íntimo y profundo, son conocidos la escala de amor de san Juan Clímaco, los grados de humildad de san Benito, los grados de caridad de san Bernardo, las moradas y el castillo interior de santa Teresa de Jesús...

Santa Catalina de Siena hizo suya, para hablar de la búsqueda de Dios y de la unión con Él, una imagen que podría rastrearse en santos Padres y espiritualistas medievales: la celda interior o celda del alma o casa del conocimiento de sí misma.

De esa celda interior nos vamos a ocupar en estas reflexiones con esperanza de que algunos/as lectoras se beneficien de ellas interiorizando en su vida personal el mensaje de la doctora de la Iglesia santa Catalina de Siena.

Lo haremos, como de costumbre, distribuyendo el material en cinco párrafos o reflexiones breves:

2. Cómo recurrió Catalina al símbolo de la "celda interior"

Situémonos a mediados del siglo XIV. Catalina de Siena (1347-1380) es una jovencita de doce años. A esa edad, según la tradición, la niña entra en su edad núbil, y los padres pueden pensar en sacar buen partido de ella proporcionándole un ventajoso compromiso matrimonial. A Catalina no le faltan cualidades, pues llama la atención por su ingenio, carácter y espléndida cabellera.

Jacobo y Lapa, sus padres, tintoreros de profesión, y orgullosos de su hija, actúan sin sospechar siquiera que la niña, un tanto soñadora y un tanto sorprendente con sus destellos de mujer hecha y derecha, guarda un secreto: el secreto de haber

firmado con sangre en su corazón, desde los siete años, *un voto de consagración virginal a Dios*.

2.1. Catalina revela el secreto de su corazón

Azuzada por la madre y hermanas, Catalina accede por unos meses a cuidar su imagen corporal y adorna su cabellera, para satisfacción y regocijo familiar. Pero al comprobar que en torno a ella se tejen redes de amistad que tratan de atraparla pensando en un próximo matrimonio, sorprende a sus padres y hermanos cortándose su hermosa cabellera y declarando que ella nunca aceptará un novio, porque tiene ya esposo: al Señor.

Interpretada su postura como un desatino, los padres, hasta ahora complacientes con ella, cambian su actitud delicada y tierna y adoptan otra más fría y violenta: *"resolvieron*-escribe Raimundo de Capua- *que Catalina no tuviera habitación donde recogerse, que hiciera todo el servicio de la casa y que no se le dejara un solo momento libre para entregarse a Dios*", pues su apetencia de soledad, sus pretendidas oraciones, y su alejamiento del bullicio del mundo joven, eran un contrasentido manifiesto.

Como respuesta a esas cadenas de pretendido amor maternal/paternal, Catalina, niña-mujer de fuerte carácter, se sintió movida por el Espíritu y urdió su propio plan para defender la fidelidad al Amado. Ese plan tendría dos componentes:

- primero, prestar el más delicado servicio a sus familiares en el hogar, con gran amor, como si ningún otro proyecto existiera;
- segundo, actuar con tal espíritu de hija de Dios, esposa del Señor, que al mismo tiempo fuera construyendo una *morada o celda interior* en la que su corazón y su mente moraran con Dios y dialogaran de amor con Él, con su Amado.

Para ayudarse a construir la morada interior, hizo de los fenómenos y personajes externos un camino hacia la interioridad: *al ver y servir a su padre, se figuraría que servía a Dios; al ver y servir a su madre, tendría presente a María; y en el servicio a los hermanos, serviría a los apóstoles*.

2.2. Celda del conocimiento de sí misma y del amor de Dios

Al comenzar a actuar de esa forma, tratando de habitar en una celda interior, Catalina quería gustar de la *soledad* como ámbito de *comunicación e intercambio con el Amado en trato de amistad*, sin desdeñar el servicio a los hermanos, pues

la mística celda interior podía llevarla consigo a dondequiera que fuese. ¿Quién o qué podría impedirle amar, alabar, agradecer, sentirse hija amada de Dios?

En el decurso de su vida posterior, y en sus escritos, Catalina nos describe ese lugar de soledad interior -habitado por el alma y por Dios- como un *ámbito de vida en fe y amoren* el que todas las virtudes se cultivan y crecen. Y lo hace con palabras e imágenes de variado corte, según lo requiere su canto de alabanza, su oración, el tema de que trata, el personaje a quien se dirige o la ocasión que se le ofrece.

Por eso, su diccionario es bastante rico cuando habla de la celda interior:

1. *"celda del Espíritu"* (C 37),
2. *"celda del alma y del cuerpo"* (C 70),
3. *"celda en que el alma debe habitar"* (C 94),
4. *"casa del conocimiento de sí misma"*,
5. *"casa de nuestra alma"* (C 213),
6. *"casa del conocimiento de nosotros y de Dios"* (C 455),
7. *"habitación del conocimiento de nosotros mismos"* (C 141),
8. *"huerto del alma"* (C 119),
9. *"pozo de agua y tierra"* (C 41),
10. *"sepulcro del conocimiento de sí mismo"* (C 173) .

Y en el fondo o en el cielo de esa lluvia de ideas e imágenes -referidas a la celda- está siempre latente una profunda vivencia espiritual cristológica: la de que todo alimento, luz, fuerza de la vida interior se nos da en la *bodega*, en la *gruta*, en el *refugio del costado de Cristo*; porque en él se adquiere el verdadero *conocimiento de nosotros mismos y el de Dios en nosotros* (Cf. CC 36, 47, 87, 251, 306).

2.3. Necesidad y llamamiento a la celda interior en todos

La celda interior es para vivir en ella. Y ese vivir se hace camino para que cada uno se adentre en el conocimiento de sí mismo, desestimando todo lo que no sea vivir en Dios y para Dios.

Empresa ardua y difícil, pues obliga a silenciar todo el bullicio de las cosas fugaces, y al ejercicio constante de construcción y aposentamiento.

La celda interior del conocimiento de sí mismo no es sólo una bella idea sino una actitud tomada, un gracioso empeño de estar siempre con el Amado, un avanzar sin descanso hacia lo más profundo del alma para llegar un día a la unión mística con Dios.

La experiencia de vivir en su celda interior le persuade a Catalina de que en ese secreto amoroso está su salvación; y, como fruto de esa persuasión, en la medida en que ejerce como maestra de espíritus dirigiendo a las almas hacia la conversión e identificación con Cristo, se siente obligada a repetir a unos y a otros que ellos también necesitan *construir y llevar consigo la celda del corazón*, es decir, *la reflexión y conocimiento sincero de sí mismos y del amor de Dios* (Cf. C 82).

"Haz, hija mía, (dice a su amiga y discípula, la mantellata Aleja Sarracini) dos moradas: la celda material, para no irte por muchos lugares, a no ser por necesidad, por obediencia a la superiora, o por caridad, y la celda espiritual la cual has de llevar siempre contigo" (C 49).

"Os recuerdo (escribe a fray Bartolomé Dominici, bachiller en Pisa) la santa morada de la celda del alma y del cuerpo" (C 70).

"Os escribo (dice al olivetano Nicolás de Ghida en una bellísima carta) en su preciosa sangre con el deseo de veros habitando en la celda del conocimiento de vos y de la bondad de Dios en vos. Esa celda es una morada que el hombre lleva consigo a dondequiera que va. En ella se adquieren las verdaderas y reales virtudes, singularmente las de la humildad y ardentísima caridad... El monje, fuera de la celda muere como el pez fuera del agua...; Qué peligroso es para el monje andar vagando! ¡Cuántas columnas hemos visto venirse abajo por andar y estar fuera de la celda, a no ser en los momentos precisos y regulados..." (C 37)

Y en la plenitud de su vida espiritual y de su magisterio, Catalina escribirá a todos los cristianos en el párrafo de apertura de su libro DIÁLOGO:

"Cuando un alma se eleva a Dios con ansias de ardentísimo deseo de amor a Él y de la salvación de las almas, se ejercita por algún tiempo en la virtud, se aposenta en la celda del conocimiento de sí misma y se habitúa a ella para entender mejor la bondad de Dios, pues al conocimiento sigue el amor, y, amando, se cuida de ir en pos de la verdad y revestirse de ella".

Digamos, pues, por ahora, que en la mente de Catalina *la celda interior o del alma* es:

1. *condición inicial* para entrar en la auténtica vida espiritual de amistad con

Dios,

2. *ámbito interiore* en el que se busca al Señor y su voluntad, teniéndolo siempre presente,
3. *actitud consciente* por la que la luz y fuego divino se cultivan en soledad, silencio, amor, vaciamiento de lo que no es Dios y su amor...
4. *vida reflexiva y amorosa* para obrar con discernimiento conforme a la voluntad de Dios.

3. Necesidad y fecundidad de una "celda interior" en las personas

En esta reflexión haremos con santa Catalina el *elogio de la celda interior*, considerando su fecundidad en el camino de la perfección cristiana. Para ello, distinguiremos tres campos:

1. *el del mundo*, que es fugacidad, dispersión, apetencias, intereses...,
2. *el de la celda material*, habilitada para el trabajo, estudio, ascesis, descanso...,
3. *el de la celda interior*, donde el alma vive para Dios, discierne la verdad, crece en el amor, se conoce a sí misma...

3.1. La celda interior es muchas cosas, según se dijo, para bien de la persona:

1. *Es soledad* en que se escucha - sin ruidos- la verdad; y, viéndola, se la ama.
2. *Es ámbito de encuentro* con lo divino y lo humano en sinceridad y apertura.
3. *Es lugar de meditación* sobre la grandeza de Dios y la pequeñez humana.
4. *Es reconocimiento de la propia nada* y del Amor creador y providente.
5. *Es horno en el que se caldean las virtudes* humanas con fuego divino de oración.
6. *Es fragua de proyectos* en los que la criatura tiende a purificarse y

perfeccionarse para ser más semejante al Señor, más amiga, más unida a él por fe y amor.

3.2. Leamos todo eso en la Carta 37 de Catalina, al monje Nicolás de Ghida:

"En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hijo en Cristo, dulce Jesús.

Yo, Catalina, sierva de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros morador de la celda del conocimiento de vos y de la bondad de Dios en vos.

Esa celda es una morada que el hombre lleva consigo a dondequiera que vaya.

En ella se adquieren las verdaderas y reales virtudes y singularmente la humildad y la ardentísima caridad.

Como consecuencia del conocimiento de nosotros mismos, el alma se humilla al reconocer su imperfección y que por sí misma no existe, pues ve claro que ha recibido de Dios su existencia, y por ello reconoce también la bondad de Dios en ella. A esa bondad divina le atribuye su existencia y todos los dones que a la existencia se han añadido.

De ese modo el alma adquiere una verdadera y perfecta caridad, amando con todo el corazón, con todo el afecto y con todo su ser.

Y en la medida en que ama nace en ella el odio a los propios sentidos y, odiándose a sí misma, se siente contenta con que Dios quiera y sepa castigarla al modo que deseé a causa de los pecados.

De ese modo pronto se hace paciente de toda tribulación que le sobrevenga, interior o exterior. Y, en esa disposición, si le asaltan pensamientos extraños, los sufre de buen grado, y se considera indigna de la paz y quietud de espíritu que tienen otros servidores de Dios, y se juzga a sí misma digna de todo sufrimiento e indigna del fruto que del sufrimiento se sigue.

¿De dónde viene esto? Del santo conocimiento de sí misma. El alma se conoce a sí misma, conoce a Dios y a su bondad actuando en ella, y por eso lo ama.

¿Y en qué se deleita esa alma? En sufrir -sin culpa- por Cristo crucificado. No se cuida de las persecuciones del mundo, de las difamaciones de los hombres.

Su gozo se basa en sobrellevar los defectos del prójimo...

No presume de sí, creyéndose algo, sino que se somete a cualquiera por causa de Cristo crucificado, no en lo que se refiere a placeres o pecados, sino obrando con humildad, por razón de la virtud...

Esta alma hace de la celda un cielo, y preferiría estar en ella con sufrimientos y ataques del demonio a vivir fuera de ella en paz y quietud.

¿De dónde le ha venido tal conocimiento y deseo? Lo ha obtenido y adquirido en la celda del conocimiento de sí.

Si antes no hubiera tenido su morada en la celda del espíritu, no habría tenido el deseo, ni amaría la celda material. Pero como vio y conoció por sí misma los peligros de andar y de estar fuera de la celda, por eso la ama...

¿Por qué estar fuera de la celda es tan nocivo a un monje? Porque antes de salir la celda material ha abandonado la espiritual del conocimiento de sí. Si no lo hubiera hecho, habría conocido su fragilidad, cosa que le llevaría a no salir sino a quedar dentro de su celda.

¿Sabéis cuál es el fruto de andar fuera? Es un fruto de muerte. Al vivir fuera de la celda, el monje se recrea en el trato con los hombres, abandonando el de los ángeles; el hombre se vacía de santos pensamientos acerca de Dios y se ocupa en las criaturas; a causa de variados y malos pensamientos, disminuye su solicitud y devoción... y se enfrián los deseos del alma...

Quien conoce el peligro de vivir fuera, se refugia en la celda y en ella llena su espíritu abrazándose con la cruz, en la compañía de los santos doctores que, con luz sobrenatural, como ebrios, hablaban de la generosa bondad de Dios y de la vida de los que se enamoraban de las virtudes, alimentándose de la honra de Dios y de la salvación de las almas a la mesa de la santísima cruz....

Quien vive en la celda se alimenta de la sangre (de Cristo) y se une con el sumo y eterno bien por afecto de amor.

No huye ni rehúsa el trabajo sino que, como verdadero caballero, está en la celda como en el campo de batalla defendiéndose de los enemigos con el arma del odio y del amor y con el escudo de la santísima fe.

Nunca vuelve la vista atrás sino que persevera con la esperanza y con la luz de la fe, hasta que por esa perseverancia recibe la corona de la gloria.

Adquiere la riqueza de las virtudes, pero no las compra en otra tienda que en el conocimiento de sí misma y de la bondad de Dios en sí.

Por ese conocimiento se hace morador de las celdas espiritual y material, pues de otro modo nunca lo hubiera logrado.

Por lo cual, considerando yo que no existe otro camino, dije que deseaba veros morador de la celda del conocimiento de vos y de la bondad de Dios manifestada en vos. Sabed que fuera de la celda nunca lo adquiriréis..."

La lectura de esta carta, complementada, si se quiere, con otros textos del Diálogo (párrafo 10) y de otras Cartas, nos lleva al conocimiento del principio y fundamento (en lenguaje ignaciano) y de la tierra-jardín (en lenguaje cataliniano) donde se planta y germina el árbol o construcción espiritual con savia de caridad:

El árbol se planta y la celda se construye en el conocimiento humilde y sincero de lo que somos nosotros, y en el conocimiento de las maravillas que Dios obra dentro de nosotros con su gracia.

No se trata de un conocimiento filosófico-socrático del ser humano en su dignidad pensante, reflexiva, para autopresentarse con exigencias, sino más bien de un verse, reconocerse, descubrirse dialogalmente en desnudez ante el Otro que es Dios en su majestad y cercanía amorosa.

En esta doctrina Catalina pone en juego toda su formación cristiana y bíblica, y ésta la lleva a relacionar espiritualmente el pequeño yo con el Gran Ser, la criatura con el Creador, la nada con el Todo.

Se trata de una relación que se establece como plan, proyecto y camino, por el que la pequeñez creatural toma conciencia de lo que es, una nada, y desde esa nada se siente llamada a la unión espiritual con quien es todo, Dios.

Habremos de considerar, por tanto, en reflexiones posteriores la profundidad cataliniana de este principio y hallazgo: *tú -criatura- eres lo que no es, y Yo -Dios- soy el que soy.*

4. Celda del conocimiento de sí misma: Tú eres lo que no es

El principio y raíz de todo conocimiento y desarrollo espiritual humano y cristiano consta de dos partes complementarias, según quedó insinuado en la reflexión precedente: **Tú eres lo que no es; Yo soy el que soy.**

Este principio integral, que rige todo el pensamiento, vida y dirección espiritual de Catalina, pudo captarlo y memorizarlo la santa desde su infancia -mental y

religiosamente prodigiosa- al escuchar algún sermón o plática de los dominicos, con motivo de la lectura de la Biblia.

En el capítulo tercero del libro del Éxodo, Dios envía a Moisés como libertador de su pueblo, y Moisés, aturrido por el mensaje, pregunta: Señor, ¿en nombre de quién he de mostrarme como enviado? Dime quién eres. Y Dios le responde:

"Yo soy el que soy". "Así responderás a los hijos de Israel: Yo soy me manda a vosotros" (3,14) .

En el capítulo diez de la biografía de la santa, Raimundo de Capua, dice que

"Catalina contaba a sus confesores... que al principio de sus visiones se le había aparecido nuestro Señor, durante la oración, y le había dicho: "Has de saber, hija mía, lo que eres tú y lo que soy Yo. Si aprendes estas dos cosas serás feliz. tú eres lo que no es y Yo soy el que soy. Si tu alma se deja penetrar por esta verdad, jamás te engañará el enemigo, triunfarás de todos sus ardides, nada harás contra mis mandamientos y adquirirás fácilmente la gracia, la verdad y la paz" (p.61).

Bien pudo Dios servirse de imágenes bíblicas anteriores para que la niña-joven se viera inundada de nueva luz. Pero el tema resulta, en este momento, secundario. Lo importante es que, tal como redacta Raimundo ese párrafo de las confidencias de Catalina, queda claro que en esa expresión afortunada **"Tú eres lo que no es, Yo soy el que soy"** se está formulando un pensamiento maduro con razón de principio, fundamento, raíz y criterio de vida; se está apuntando una verdad cuya riqueza de contenido servirá de base a la construcción de todo un edificio espiritual, y éste, además, gozará de enorme seguridad o garantía, pues, elevado sobre roca, evitará engaños, triunfará de ardides enemigos, garantizará una vida acorde con los mandamientos y hará fácil el logro de gracias, virtudes y paz. No se puede pedir más.

En esta reflexión y en la siguiente veremos qué es lo que en ese principio de doble vertiente encarece Catalina.

4.1 Conciencia de debilidad e insuficiencia: Yo soy lo que no es

Esta formulación aparentemente negativa y paradójica, **"Yo soy lo que no es"**, no forma parte de una "filosofía negativa" y "pesimista". En modo alguno. Catalina, al mismo tiempo que parece gustar de cierta "magia" o "fascinación" encerrada en esas palabras, es una persona que, junto a la confesión o reconocimiento de la debilidad humana, hace continuo canto de alabanza a la belleza y grandeza de la creación y salvación del hombre, obra de Dios hecha a su imagen (C 113).

Lo podemos comprobar en muchos textos. Copiemos algunos:

"Una vez que hemos creído que Dios es Dios, el alma se enamora de él viendo que la da tanta luz como es poseer la verdad; y también saber que Él nos ha creado a su imagen y semejanza; y que nos ha dado al Verbo, su unigénito hijo..." (C 110).

"Tú, Deidad, eres la suma sabiduría, y yo, ignorante y miserable criatura. Tú eres suma y eterna bondad, y yo, frágil e ínfima criatura, pecadora, pues nunca te amé. Tú, por amor, me sacaste a mí de ti, y a todos nos has sacado de ti" (Oracional, 2).

"Ciento es que yo os he dado la materia con que podéis alimentar en vosotros esta luz y recibirla. Vuestra materia es el amor, porque os he creado por amor, y por ello no podéis vivir sin él" (Diálogo, 110).

Siendo, pues, Catalina cantora de la obra de Dios, en el reino de la naturaleza y en el de la gracia, donde campea el Amor, la expresión cataliniana "Yo soy lo que no es" se refiere a la pequeñez del ser humano, doblemente:

- en su realidad de ser necesitado, débil, dependiente de Otro (Dios) en su existencia,
- y en su condición de persona libre y responsable que, siendo obra del Amor, no respondió al ideal divino de perfección (ser amado e hijo) sino que se hizo pecador, infiel, enemigo.

Naturalmente, cuando Catalina, igual que otros autores espirituales, quiere poner de relieve la inconsistencia del ser humano que se desliza por la pendiente del pecado, o que anda con titubeos en su opción por secundar a la gracia y emprender caminos de perfección, recurre a iluminar la faz negativa de las cosas, subrayando nuestra *fragilidad* (D 98), *vileza* (C 41), *ser autores de la mentira y de la nada* (C 55). Pero todo eso lo dice para indicarnos que no cabe salvación sin un proceso interior que consolide lo positivo y aminore o devore lo negativo. Sus palabras son, pues, cautelares, como las de san Pablo en la carta a los gálatas, hablando de la necesidad de gracia y mutua ayuda: *"Si alguien se cree ser algo, cuando en realidad es nada, se engaña a sí mismo"* (Gal 6,4).

4.2. Látigo de Catalina contra la ceguera humana: entrar en la celda

Dicho y matizado lo que antecede, hemos de reconocer en los escritos de Catalina expresiones muy duras (dedicadas a cardenales, reyes, papas, políticos...) en las que se pone de relieve esa parte de debilidad y negatividad humana que precisa de enmienda y, para ello, de reflexión en la celda interior. Catalina escribe con tinta de sangre y sus rasgos son siempre de enorme vigor.

Recojamos como ejemplo un pasaje: el de la carta 362, a la reina Juana de Nápoles, reprochándole en agosto de 1379 su actitud frente al papa Urbano VI:

"Yo, Catalina, sierva de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de ver en vos un real conocimiento de vos misma y del verdadero Creador. El conocimiento es necesario para nuestra salvación, porque la virtud procede de él.

¿Dónde se encuentra la verdadera humildad?

En el conocimiento de nosotros mismos, porque el alma que conoce que no existe por sí misma y que debe a Dios la existencia, no puede levantar su cabeza contra su Creador ni contra el prójimo, ya que ella es lo que de por sí no existe, y por eso no tiene de qué ensoberbecerse.

¿Dónde ve el alma la gravedad de su pecado?

En el conocimiento de sí misma, por una santa reflexión, es decir, pensando quién es la que ofende a Dios y quién es Dios, el ofendido por ella. Ella se ve, en cuanto a su humanidad, como que es lodo, hecha de la espuma de la tierra, un verdadero saco de hediondez que por todas partes arroja pestilencia. Ella está sometida a muchas miserias y necesidades, y sujeta a la muerte, y espera morir y no sabe cuándo.

Por eso, cuando {reflexiona} y ve que tal miseria es como un instrumento que no suena sino a ofensa ante el sumo y eterno Bien (dulce bondad de Dios de la que ha recibido el ser y toda gracia espiritual sobreañadida a él), llega al odio de su propia fragilidad. Entonces, por la gracia recibida, es cuando reconoce que Dios debe ser servido y no ofendido por nosotros...

¡Oh ceguera humana! ¿A qué mayor miseria podemos llegar que a convertirnos en animales sin razón? No podríamos sufrir que alguien nos dijese "eres un animal"; hasta intentaríamos vengarnos de quien nos lo hubiera dicho, a pesar de ser tan grande nuestra fragilidad que nos convertimos en animales irracionales... Esto proviene de que no nos conocemos; por lo cual no comprendemos la gravedad de nuestros pecados..." (C 362; Cfr Diálogo 140).

Esa cara negativa del ser humano en su miseria y pequeñez deja al descubierto las raíces, el tallo y los frutos del "árbol del pecado" con raíces de soberbia.

En la celda interior hay que revisarlo todo *desde el conocimiento de sí mismo en la debilidad*. No somos quiénes para ensoberbecternos sino para vivir en humildad. Somos la cara oscura del Ser, la que siempre necesita que amanezca el Sol.

Más eso no es todo. En la misma celda interior que quema el amor propio y la soberbia se descubre también otra faz del hombre: la de una persona con

vocación de hijo amado. A disposición natural del hombre están el entendimiento, el libre albedrío, la imaginación, los sentimientos y las manos, si quieren trabajar. Todo ese conjunto de valores y dones se puede organizar en servicio a la Verdad y al Amor; pero hay que hacerlo **desde el jardín de la naturaleza y gracia, plantando el árbol del bien, de la verdad, de la caridad, en la tierra de la humildad.**

Para ello, desde su celda interior, el hombre tiene que hacer tres cosas complementarias que le conducen a la consecución de un rostro noble, agraciado, como de hijo de Dios:

- Primera: *Reconocer con su inteligencia las maravillas de Dios otorgadas por amor, y discernir con la luz de la razón el bien del mal (CC 201, 301) a fin de saber dónde está o se pone el afecto del corazón; y luego iluminar esa inteligencia con la luz y pupila de la fe (CC 186; D 54).*
- Segunda: *Retener en la memoria “todo cuanto el entendimiento ha visto, entiende y conoce” de las obras de Dios (O 1, y 1-2), pues de ese modo se hará fuerte en la lucha a favor del bien, frente a las adversidades (C 286).*
- Tercera: *Unir la voluntad al entendimiento y a la memoria para amar y desear a Dios mismo como fin. Sin el impulso de la voluntad no se emprende y mantiene la búsqueda de santidad o unión con la voluntad de Dios (Cfr D 54; O 17); no se ama lo que Dios ama y se odia lo que Él odia (C 181).*

5. "Yo, Dios, soy el que soy": el misterio de Dios en el alma

Catalina, meditando en su celda interior, se conciencia cada día de su *pequeñez, debilidad, nada*; pero, al mismo tiempo que reconoce esa insignificancia de su ser, se siente amada de Dios. Mirando desde el suelo al cielo, ha descubierto que allí tiene su fortaleza, *en el Señor, en el que es*, y, poniéndose en sus manos, en su regazo, en su corazón, experimenta que ella misma es alguien por gracia del Amor Creador y Salvador.

Dicho de otra forma, Catalina, en su celda interior, reconociendo su insuficiencia radical (Tú eres lo que no es), se siente herida y atraída por el que es, como es atraída una de viruta de leña por el fuego, un pensar débil por la Suma Verdad, una criatura por su Creador; y en dejarse abrazar por Él encuentra su salvación.

5.1. Tú “que no eres” aspira a ser todo en el que es

Esa atracción del Ser (Dios) sobre la Nada (Catalina), sentida en la celda interior, despierta en la santa un profundo deseo de transformarse en el Amado. Y, afinado el oído del corazón, percibe una voz que le enardece:

- aspira a que tu pensamiento se ocupe sólo en los pensamientos de Dios;
- aspira a que tu corazón ame y quiera con el Corazón de Dios;
- aspira a que tu memoria se sacie recordando sólo los dones de tu Dios.

Yendo por esa senda o escala de amor, arrancando de la tierra fecunda de la humildad, se va inflamando el fuego que acabará fundiendo en un solo amor al "Tú, que eres lo que no es" y al "Dios que es el que es", y entonces nuestra riqueza será infinita. En efecto:

Nosotros, por nosotros mismos, somos debilidad, nada; pero Dios que nos creó por Amor (C 113) nos puede acoger y hacer ricos en Él (C 66; D 82).

Nosotros, por nosotros mismos "somos árboles estériles" (C 157), pero si ejercitamos el entendimiento con la pupila de la fe, y estamos bien plantados en tierra de humildad, podemos hacernos fecundos por obra de la Gracia y del Amor.

Nosotros, creados en libertad, pero débiles, podemos traicionar y traicionamos a Dios y a los hombres, y pecamos; pero Dios, por su infinita Bondad, puede ejercitar su misericordia y perdón, acogiéndonos en su Corazón (C 94, 178).

Nosotros, pequeños y débiles por nuestra natural condición, si nos ponemos en manos de Dios que nos ama, ya no podemos vernos una pura nada, desesperados, hijos de ira. Él, que nos creó, nos llama a gozar de su intimidad, desarrollándonos como árbol de caridad en tierra de humildad (C 49).

5.2. Criatura y Creador se dan la mano

En ese delicioso juego de amor, vivido en la celda interior del alma, lo que es pequeño y débil (*la criatura que se conoce a sí misma*) se conforta y crece a la luz y al fuego del *conocimiento de Dios Amor en nosotros*. En Catalina es muy importante conjuntar los dos extremos (*criatura y Creador, alma y Dios*), pues la serie de elevaciones de la criatura, por obra de la gracia, son piedras sillares del camino que conduce a la unión mística, transformadora, en cuya cima todo pensar y querer mezquino se disipa y quema en el horno del amor.

En un momento culminante de la vida de Catalina, esa unión mística, transformadora, quedará simbolizada en el intercambio de corazones por el que Catalina piensa y ama con el Corazón de Dios.

5.3. ¿Cuál es el rostro de ese Dios, el que es, que cautiva a Catalina?

Aquí no caben dudas. Para Catalina, Dios, el que es, no tiene el rostro de un Señor soberbio en su grandeza, justiciero en sus dictámenes, distante de las criaturas. Tiene el rostro del Dios que se nos ha revelado en Jesús y por Jesús.

-Un Dios que es Unidad en su esencia eterna y creadora, y Trinidad en el misterio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

-Un Dios principio, fuente y fundamento de todo, y un Dios que viene a nosotros en la Vida, en la Palabra, en la Encarnación, en la Inhabitación.

Siendo Dios único, tiene rostro de Padre, poderoso y noble, en la creación; rostro compasivo y misericordioso en la salvación.

Dios único, tiene rostro de Hijo, sabiduría del Padre y su Palabra, en la creación; y rostro de Amor compasivo que se anonada y esconde en los pliegues de nuestra naturaleza cuando se hace hombre por nuestra salvación.

Dios único, tiene el rostro de Espíritu vivificante, lazo de unión de Padre e Hijo, Viento/Fuerza que nos anima e impulsa hacia la cumbre de la unión mística.

Habitando en su celda interior, Catalina vive una experiencia mística trinitaria de altísimo valor:

Es *Hija del Padre* en cuyas entrañas quiere vivir amada y entregada.

Es *Conquista del Hijo* en cuya sangre, cuna, cruz, sepulcro, sacia su hambre de amor y donación.

Es *Morada del Espíritu* que inflama su alma y la conduce como naveccilla en el mar proceloso de la vida.

En el libro del DIÁLOGO, en las CARTAS, y en sus ORACIONES Y SOLILOQUIOS, Catalina se dirige unas veces a Dios Uno, otras veces a Dios Trino, pero su trato más frecuente es con una u otra de las Divinas Personas : Padre, Hijo, Espíritu Santo.

Como los textos que lo confirman podrían ser muchísimos, tomemos sólo alguno:

1. Carta 52, a fray Jerónimo de Siena, comentando la fiesta de Pascua:

"Oh dulce Cordero, asado en el fuego de la divina caridad, en el árbol de la cruz! ¡Oh suave manjar lleno de gozo, alegría y consuelo! En Ti no falta detalle, porque te has hecho mesa, alimento y camarero del alma que te sirve de verdad.

Pensemos atentamente que el Padre es para nosotros mesa y lecho en que el alma puede reposar, y que el Verbo de su Hijo unigénito se nos ha dado en comida con ardentísimo amor. ¿Quién nos traerá la comida? Camarero es el Espíritu Santo, que, por el desmedido amor que nos tiene, no está contento con que nos sirva otro, sino que Él mismo quiere ser nuestro servidor. Esta es la pascua que el alma quiere celebrar...

Vistámonos, carísimo padre, de ardiente caridad... Cuando el alma contempla a su Creador y a su Bondad infinita, no puede menos de amar... Ama lo que causa placer al Amado... y odia lo que Él odia...

Sea el nuestro un amor que rechaza toda negligencia, ignorancia y tristeza.

Si la memoria se dedica a celebrar fiesta (de Pascua) con el Padre, reteniendo los beneficios de Dios, el entendimiento la celebra con el Hijo; y así con sabiduría, luz y conocimiento, conoce y ama la voluntad de Dios, eleva súbitamente el amor y su deseo, y se convierte en amador de la suma y eterna bondad, a la vez que no puede ni quiere amar ni desear sino a Cristo crucificado..."

2. Carta 94, a fray Mateo, comentando la venida del Espíritu Santo:

"Dice la Escritura que los apóstoles se recluyeron en casa y permanecieron diez días en vigilia y continuas oraciones, y que, después, llegó el Espíritu Santo..."

Una vez llegado, el Espíritu iluminó a los apóstoles con la verdad y ellos comprendieron el secreto de la inestimable caridad del Verbo, junto con la voluntad del Padre que no quería otra cosa que nuestra santificación.

Esto nos lo ha mostrado la sangre de este dulce y amoroso Verbo, el cual volvió a los discípulos con la llegada de la plenitud del Espíritu Santo.

Vino con el poder del Padre con la sabiduría del Hijo y con la clemencia del Espíritu Santo, de modo que se ha cumplido la verdad de Cristo..."

3. Carta 286, a varias dirigidas, en la fiesta de la Conversión de san Pablo:

"Hijas mías, {si hiciereis lo que Dios quiere}... encontraréis que con san Pablo subís al tercer cielo..."

Es decir, vuestra memoria se llenará de los beneficios de Dios y participaréis del poder del Padre eterno haciendo fuertes y pacientes; vuestro entendimiento, que contempla su fin, gustará de Dios, o sea de la sabiduría del Hijo de Dios; por la paciencia recibiréis una luz sobrenatural, y la voluntad quedará amarrada con los lazos del Espíritu Santo, abismo de caridad.

En la voluntad concebiréis un dulce, amoroso y anhelante deseo de la honra de Dios y de la salvación de las almas.

Siendo de este modo elevadas a la Santísima Trinidad, participaréis del poder del Padre, de la sabiduría del Hijo y de la clemencia del Espíritu Santo..."

4. Oraciones:

¡Oh Amor inestimable!

¿A quién te diriges, alma mía? Me dirijo a ti, Padre eterno; y te suplico a ti, Dios benignísimo, que a nosotros todos y a tus servidores nos hagas partícipes del ardor de tu caridad. Dispón, Señor, nuestras almas para recibir el fruto de las oraciones y de la doctrina, que se expanden por medio de tu luz y tu caridad...

Yo llamo a la puerta de tu verdad; busco y grito ante tu divina Majestad, y suplico misericordia a los oídos de tu clemencia por todo el mundo, y singularmente por la santa Iglesia, porque he conocido en la doctrina del Verbo que quieres que continuamente me alimente de este santo manjar. Puesto que lo quieres, amor mío, no me dejes morir de hambre..."

"¡Deidad, Deidad, inefable Deidad y suma Bondad!"

Sólo por amor nos has hecho a imagen y semejanza tuya, diciendo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza"...

Así lo hiciste dando al hombre cierta forma de Trinidad en las potencias del alma: entendimiento, para conocer, memoria, para acordarse de ti, y voluntad y amor, para amarte sobre todas las cosas.

De este amor no nos puede privar ni el demonio ni otra criatura, si nosotros no lo queremos".

¡Alta, eterna Trinidad, amor inestimable!

Tú te manifiestas a ti y a tu verdad a nosotros, por medio de la sangre de Cristo. Por ello comprendemos tu poder, pues has podido limpiarnos de los pecados con esa sangre.

Tú nos mostraste tu sabiduría, y con el cebo de nuestra humanidad, con que cubriste el anzuelo de la divinidad, atrapaste al demonio y le quistaste el dominio que tenía sobre nosotros.

Esta sangre nos muestra tu amor y caridad, pues sólo con el fuego del amor nos redimiste, sin tener necesidad de nosotros..."

6. Desde su celda, el alma hace el camino hacia Dios

Cuanto se ha dicho en las reflexiones precedentes nos persuade de que la espiritualidad cataliniana se va fraguando o construyendo en su celda interior con piedras de:

1. **soledad** que la mantiene ante Dios,
2. **humildad** que le pone a los pies de la Verdad,
3. **oración** que es efusión de amor al Amor,
4. **desprendimiento** de todo lo que no es Dios,
5. **sacrificio** que le une a Cristo en la cruz,
6. **dedicación** a los demás y olvido de sí misma...

Punto de partida es el conocimiento de sí misma como Lo que no es , pero puesta en las manos y corazón de El que es.

Las elevaciones de su alma son Salida del río del pecado y Subida al puente-Cristo. Y estando en el Puente, ascensión por tres escalones:

- el escalón de los pies de Cristo que tocan a tierra; besándolos, clavándose con sus clavos, el pecador se levantan, entra en el estado de gracia y en santidad incipiente;
- el escalón del costado de Cristo ; en él se va fraguando todo tipo de virtudes que hacen del hombre verdadera imagen de Dios porque participa de sus latidos, y comienza a no amar nada sino a Él, y a todas las criaturas en Él;
- el escalón de la boca de Cristo; en él toda palabra es amor y el amor se hace silencio, fuego, transformación, cambio de mente y corazón, dando acceso a la máxima unión mística del alma con Dios.

Sin reflexión de la mente, iluminada por la fe, y sin afecto del corazón que se ceba en la Verdad-Amor, no hay camino ascensional a Dios en santidad de vida.

Sin efusión de la divina Gracia que eleva y ceba nuestra Mente, Voluntad y Memoria con los pensamientos, afectos y gratitudes a Dios, no hay posibilidad de unión mística en Dios.

Sin esfuerzo humano de desprendimiento, discernimiento, sacrificio, entrega a Dios y a los hombres, no hay progreso en la escalada del verdadero amor.

Sin trato de amistad, de humilde reconocimiento, de alabanza, de súplica, no hay posibilidad de entrar en los secretos de Dios.

Sin dejarse ganar y entregarse a la Sabiduría, Cruz, Confianza, Fe y Esperanza en Dios, no hay claridad, paz y sosiego en el camino.

Sin la presencia de Dios como Padre que nos ama y crea, como Hijo que nos redime con su sangre, como Espíritu que nos da aliento, y como Trinidad que habita en lo profundo de nuestro ser, no hay vida y santidad.